

## Testimonio sobre 19 vidas entregadas a Dios y a Argelia



JEAN LANDOUSIES, C.M.<sup>1</sup>

En primer lugar, quisiera agradecer la oportunidad de compartir con ustedes algunas reflexiones sobre los 19 religiosos y religiosas que serán beatificados el próximo sábado en Orán. Habiendo vivido en Argelia durante más de 20 años, como responsable de la formación permanente en las diócesis y Secretario General de la Conferencia Episcopal de África del Norte, los conocí personalmente a todos. Juntos vivimos gran parte de esos años oscuros en los que Argelia supo de tanta violencia, compartimos el mismo ideal de vida, el mismo compromiso, cada uno a su manera. ¡Y 19 de entre nosotros fueron víctimas de esta violencia! Por lo tanto, los que todavía estamos aquí tenemos que dar testimonio, no solo de los acontecimientos en sí mismos, sino sobre todo del significado de este compromiso de compartir las pruebas del pueblo argelino. Y es con esto en mi corazón que comparto estos pocos pensamientos con ustedes. Así pues, tomo la palabra con cierta emoción.

«Si alguna vez –y podría ser hoy– me convirtiera en víctima del terrorismo, que ahora pareciera querer abarcar a todos los extranjeros que viven en Argelia, me gustaría que mi comunidad, mi Iglesia, mi familia recordaran que mi vida fue entregada a Dios y a este país. Que acepten que el Único Maestro de toda vida no será ajeno a esta partida brutal. Que oren por mí: ¿cómo seré hallado digno de tal ofrenda? Que sepan asociar esta muerte con tantas otras tan violentas, dejadas en la indiferencia del anonimato».

Sin duda, ustedes han reconocido el comienzo del testamento espiritual de Christian de Chergé, el Prior de Tibhirine. En realidad no es una, sino 19 vidas entregadas! ¡Vidas entregadas! Creo que eso es lo más importante. Estos religiosos y religiosas no eran dulces soñadores, y menos aún teóricos o prosélitos, realmente

hicieron ofrenda de sus vidas porque creían en la fuerza del amor. Lo hicieron a sabiendas, no porque buscaban el martirio —el martirio cristiano no es algo que hay que buscar—, sino porque quisieron llegar al final de su compromiso en y con la Iglesia de Argelia. Y esta es una primera cosa que me gustaría subrayar: lo que han vivido estos religiosos y religiosas es situarse en la vida de la Iglesia de Argelia; una Iglesia del encuentro, que siempre ha querido ser dialogante y solidaria con el pueblo argelino. Un diálogo de vida, sin duda, pero de la vida en todas sus dimensiones, tanto humana como espiritual en la medida de lo posible. ¡El diálogo islámico-cristiano, con todas sus dificultades, no es solo una prioridad, sino una necesidad! Y para vivir este encuentro, esta Iglesia, según los acontecimientos, se ha ido despojando poco a poco de todo lo que no es esencial, ya sea en sus instituciones, o más aún en sus formas de hacer o de pensar. Hay tantas cosas que nos agobian y que no son necesarias para ser verdaderamente la Iglesia de Cristo, para presentar su auténtico rostro. El despojo es una condición esencial para ir realmente al encuentro de la gente. Esto es lo que la Iglesia en Argelia ha llegado a comprender y experimentar. Esto es lo que vivieron nuestros 19 hermanos y hermanas de manera radical, hasta el despojo supremo. ¡Ellos entregaron todo! Creo que han realizado plenamente, a su manera, el sueño del Papa Francisco: «Una Iglesia pobre, para los pobres».

Fue con este espíritu de despojo y de servicio que estos religiosos y religiosas vivieron su solidaridad con el pueblo argelino, sometido a una violencia inaudita. Durante años, todos ellos habían vivido relaciones de amistad, colaboración y cercanía con la gente de sus barrios en los ámbitos de la salud, la educación de los jóvenes o de las mujeres, etc. Como todos nosotros en aquella época, habían visto morir a su alrededor tantos hombres y mujeres inocentes. Y ellos también aceptaron el riesgo de correr la misma suerte, porque querían ser testigos de que más allá de las diferencias de cultura, religión y nacionalidad, una misma humanidad nos unía. Una humanidad que nosotros, los cristianos, llamamos familia de Dios. No fue del todo fácil tomar la decisión de quedarse en dicho país en medio de todos los peligros. Cada uno tomó su decisión personalmente, después de mucha reflexión en comunidad y en la Iglesia. Y quisiera subrayar aquí el valiente rol del entonces arzobispo de Argel, monseñor Henri Teissier, en el acompañamiento del discernimiento de cada persona. Y estoy muy contento de ver que hoy, a la edad de 89 años, podrá ver la beatificación de estos hermanos y hermanas! El sábado pasado el periódico *La Croix*, tituló refiriéndose a él: «¡El vigésimo Beato!».



Hna. Caridad Álvarez



P. Christian Chessel

Pensemos en primer lugar en el testimonio de los siete monjes de Tibhirine, secuestrados el 26 de marzo de 1996 y encontrados el 21 de mayo: Christian, Luc, Célestin, Paul, Michel, Bruno y Christophe, el más joven, a quien tuve la alegría de acompañar en parte de su preparación al sacerdocio. Esta comunidad de Nuestra Señora del Atlas, en las montañas, era importante para nosotros, la Iglesia de Argelia, como también lo era el monasterio de las Clarisas de Argel. Este monasterio se trasladó a Nîmes en 1995, por razones de seguridad, pero sigue estando muy en contacto con la Iglesia de Argelia. A menudo íbamos a estos monasterios para reponer las fuerzas, personalmente o en grupo. Pero también podemos decir que el monasterio de Tibhirine era importante ante todo para el pueblo, para las familias que lo rodeaban y con las que los monjes tenían relaciones amistosas y de trabajo. Estas familias pidieron a los monjes que no los dejaran en la angustia. ¡El hermano Luc, el médico, había traído al mundo una buena parte de la población de la región! Con el hermano Christian, el Prior, se había creado un grupo de intercambio espiritual con los musulmanes de la región, el *Ribat essalam* (El Vínculo de la Paz). Y también quisiera mencionar a los dos «sobrevivientes» que pudieron escapar del secuestro: el Padre Amédée, del que yo era muy cercano, ya fallecido; y el Padre Jean-Pierre, ahora en el monasterio de Nuestra Señora del Atlas, en Midelt, Marruecos, donde continuó el monasterio de Tibhirine.



P. Jean Chevillard

Podríamos continuar con este aspecto comunitario y eclesial de las cosas. Pero, en honor a su memoria, quisiera simplemente recordar aquí los nombres y las comunidades de estos otros hermanos y hermanas, hombres y mujeres sencillos, que querían servir en silencio a sus hermanos y hermanas, servir a los pobres, a la manera de Cristo, contribuir a la construcción de la paz y la reconciliación en su nivel más sencillo:

Paul-Hélène, Hermanita de la Asunción, y Henri Vergès, hermano marista, el 8 de mayo de 1994, al servicio de los jóvenes de la Kasbah de Argel.

Caridad y Ester, 23 de octubre de 1994, misioneras españolas agustinas, al servicio de los enfermos, en Bab el Oued, Argel. ¡Allí di mis primeros pasos en Argelia en 1968!

Alain Dieulangard, Jean Chevillard, Christian Chessel, Charles Deckers, Padres Blancos, en Tizi Ouzou, Cabilia, el 27 de diciembre de 1994.

Bibiane y Angèle Marie, Hermanas de Nuestra Señora de los Apóstoles, Belcourt, Argel, al servicio de las jóvenes pobres del distrito, el 3 de septiembre de 1995.

Odette, Petite Sœur du Sacré-Cœur du Père de Foucauld, Kouba, Argel, 10 de noviembre de 1995. La nombro con un poco más de afecto, porque habíamos trabajado juntos durante unos diez años en el Centro de Estudios Diocesanos de Argel.

Y finalmente, monseñor Pierre Claverie, dominico, obispo de Orán, con su amigo y conductor, Mohamed Bouchiki, el 1 de agosto de 1996. Es quizás significativo que esta lista tan larga termine con el asesinato de un obispo, un pastor, que muere mezclando su sangre con la de un musulmán. Con Pierre también trabajamos juntos en el Centro de Estudios Diocesanos de Argel de 1976 a 1981. Solo voy a dar una imagen de Pedro: éramos vecinos de la oficina. Y lo que nos impresionó a todos fue que su puerta estaba siempre abierta, para mostrar que él estaba siempre disponible para el que vendría.



*Mons. Pierre Claverie*

Y mirando la lista de estos 19 religiosos y religiosas, me sorprende el hecho de que cada vez que queríamos llegar a ellos, no era solo una persona a la que se buscaba y a la que se llegaba, sino una comunidad. También puede ser un pequeño signo de la importancia de la presencia humilde y discreta de una comunidad religiosa en un barrio, ciudad o pueblo. Es verdad que en esta pequeña Iglesia de Argel vivíamos muy cerca unos de otros, existía una verdadera fraternidad entre todos. Como resultado, hemos experimentado todas estas pruebas intensamente. Y es esta fraternidad la que queríamos compartir con nuestros hermanos y hermanas argelinos, cualesquiera que fueran los peligros del momento. Algunos pueden decir que la muerte de estos 19 fue una señal del fracaso de este hermoso proyecto. Pero, por el contrario, en el seguimiento de Cristo, creemos que su muerte es un signo de vida, como el grano de trigo que cayó al suelo y que un día brotará. ¡Cristo pasó por esto, nosotros también, cada uno a su manera, debemos pasar por ello! ¡Al beatificarlos, la Iglesia quiere mostrárselos a todos!



*Hno. Christophe Lebreton*

La muerte de estos religiosos y religiosas es el signo más revelador de su fidelidad a Dios y al pueblo argelino. Fidelidad a Dios, porque se dispusieron totalmente al seguimiento Cristo Servidor que aceptó dar su vida por todos. Fidelidad al pueblo argelino, porque estuvieron al servicio de este pueblo, en las pequeñas cosas de una vida compartida, para dar testimonio del amor y la fidelidad de Dios, gratuitamente, sin mirar atrás en los momentos difíciles. Ellos sabían que este testimonio no se realizaba en primer lugar con palabras, sino con una vida que seguía a Cristo, una vida cristiana muy sencilla. Como dije al principio, la



P. Alain Dieulangard

vida y la muerte de estos hermanos y hermanas fue el testimonio de una Iglesia que ha querido permanecer fiel a Dios, por supuesto, pero también al pueblo argelino al que ella fue enviada. Una Iglesia que no busca ningún privilegio, sino que quiere ser servidora, una Iglesia entregada a Dios y al mundo. El Cardenal Duval, que era arzobispo de Argel y que murió -a la edad de 93 años- el mismo día en que se encontraron los cuerpos de los siete monjes, decía que «la Iglesia solo vive saliendo de sí misma, por así decirlo. No vive sólo por Cristo, para Cristo, en Cristo, sino que hay que añadir que vive para la humanidad, en la humanidad y por la humanidad» (*Carta Pastoral «Presencia fraterna», Cuaresma, 1980*). Hoy, el Papa Francisco también nos dice lo mismo, a su manera, cuando habla de una «Iglesia en salida». ¡Una Iglesia que sale de sí misma hasta dar su vida, como lo hizo Cristo!

Estos religiosos y religiosas no eran héroes. Eran hombres y mujeres sencillos y sin pretensiones que, en nombre de Cristo, querían servir al pueblo argelino, que se había convertido en su pueblo. Hombres y mujeres que han confiado en Dios y en el pueblo argelino, cualesquiera que fuesen las circunstancias, porque sabían que la confianza es una apuesta, pero que si se elimina, todas las puertas se cierran. Esto es lo que Pierre Claverie repitió a menudo: «Dios en Jesucristo hace la apuesta de la confianza».

En conclusión, yo diría que Dios pudo haber permitido que una Iglesia pequeña, quizás insignificante a los ojos humanos, atrajera la atención de toda la Iglesia para que ella también pudiera vivir esta apuesta de confianza. Gracias.

NOTA

- 1 Sacerdote francés de la Congregación de la Misión (Lazaristas), jefe de la sección francófona de la Secretaría de Estado de la Santa Sede. Vivió y sirvió durante más de 20 años en la Iglesia de Argelia y conoció personalmente a cada uno de los 19 mártires beatificados el 8 de diciembre de 2018. El presente artículo es el testimonio que ofreció en el Instituto Cultural Francés Saint-Louis de Roma el 4 de diciembre de 2018 antes de tomar el vuelo a la ceremonia de beatificación. La traducción al castellano del original en francés es de la redacción de La Revista Católica.